CAPITULO XLVI.

Doble sacrificio.

El primer movimiento de Rosa y de Jimena fué de sorpresa, les parecia imposible semejante boda.

—V. se chancea?.. dijo Jimena, si mi amiga Estefanía estaba muy enamorada de un ebanista llamado Frasquito.

—Hijo de la señora Andrea; añadió Rosa; pero la madre no quiso la boda y obligó á su hijo á romper las relaciones.

—Quizá despechada por esa repulsa se haya casado con el viejo prestamista; esclamó Aurelio, porque lo que acabo de decir á Vds. es la verdad.

—Qué lástima!.. caer en las garras de ese tígre un ángel como Estefanía!.. lo siento con toda mi alma porque ella es una criatura encantadora y merece mejor suerte: dijo Rosa preocupada con este asunto y olvidándose ya de su acostumbrada siesta.

—No era esta familia conocida de V. hace tiempo?..... preguntó Aurelio á Rosa.

—Casi desde que yo entré en la Fábrica conocí á Estefanía, que fué á mi taller y ha trabajado siempre á mis órdenes; pero ignoraba quién eran sus padres, lo que tampoco procuré averiguar porque me interesaba hacer una vida oscura y misteriosa.

—No se comprende de otro modo que hubiera V. llevado á su casa á mi infeliz prima, porque de mis informes resulta que son cómplices en el rapto de esta desventurada.

—No lo puedo creer en Estefanía; dijo Jimena; es una criatura inocente y buena como un ángel; la he tratado mucho y la conozco.

—Pues su padre y su marido lo son; esclamó Aurelio.

—Cuán agena estaba yo de creer que su padre era antiguo conocido mio!.. murmuró Rosa con tristeza como doliéndole todavía haber llevado allí á Isabel.

Aurelio y Jimena estaban sentados en una mesita de juego cerca del balcon, tenian el tablero y las piezas del ajedrez preparados, pensando en todo menos en jugar.

Rosa en pié frente á ellos los miraba alternativamente sin decidirse á continuar con ellos ó á dejarlos solos.

—Pero decididamente se sabe que Isabel ha sido robada de casa de Estefanía?.. preguntó Rosa.

—Esa es la verdad, y resultan cómplices la suegra de Camándulas que fué á buscarla, sin duda en mi nombre ó en el de V., esto es lo que no he podido averiguar, el padre de Jimena Juan el Curro, en cuya casa se trazó el plan y

por consecuencia el padre y el marido de Estefanía, segun mi cálculo.

—Mi padre!.. Ah! ya comprendo; esclamó Jimena cambiando con Aurelio una mirada de inteligencia, adivinando el nombre de Octavio que el jóven habia omitido por respeto á Rosa.

Esta creyó mas bien que aquel rapto seria una nueva maldad del marqués por obligarla quizá á que se descubriese y perseguirla volviendo otra vez á hundirla en un calabozo.

Tal idea la preocupó muchísimo, y se quedó profundamente pensativa.

—Si el Curro anda en el asunto, dijo, yo le veré y sabremos muy pronto á qué atenernos; déjemelo V. pensar y luego hablarémos de ellos cuando venga la marquesa.

Y Rosa diciendo esto se retiró á un sillon cerca del sofá, donde permaneció largo rato, no durmiendo porque el sueño habia desaparecido, sino meditando sobre aquella nueva revelacion.

Cuando la vieron fuera del alcance de su voz, Aurelio dijo á Jimena.

—Rosa no sospecha que el principal motor de esta indigna trama es su hijo, y no hay nada mas cierto; tengo datos seguros, segurísimos.

—Yo tambien lo creo; y no dudo que mi padre tenga parte en ello, porque es muy amigo de Octavio y el confidente de todas sus aventuras.

—Por eso he pensado una cosa que voy á confiar á V. rogándola que me ayude.

—Cuente desde luego con que emplearé mis pobres

fuerzas en servicio suyo; esclamó Jimena palideciendo por que comprendia quizá por instinto que un nuevo y doloroso sacrificio iba á exigirse á su corazon.

—Querida Jimena, V. ha sido mi providencia en la tierra y nuestros corazones no pueden menos de estar unidos por un lazo fraternal; mi vida entera si V. la necesitase pondria inmediatamente á sus piés, por eso ni el apoyo de mi madre ni el mio no ha de faltarle jamás, y procuremos rodear su existencia de placeres y de felicidad asegurando su porvenir y haciendo en obsequio suyo cuanto sea humanamente posible.

Aurelio hablaba con entusiasmo, con calor, impulsado por su noble corazon, que no podia olvidar nunca lo que debia á la hermosa jóven.

Jimena le escuchaba conmovida con los ojos bajos y como la víctima dispuesta al sacrificio, esperaba que acabase de esplanar su pensamiento. El jóven continuó.

—Mi corazon no olvida jamás las deudas de gratitud, y, ¡tengo tantas contraidas con V.!.. ¡pobre niño, sin padres, sin amigos, sin recursos, perdido en este vasto mar que llaman córte!... Espuesto á caer en manos de mis enemigos que yo mismo buscaba en mi funesta ceguedad, y V. ¡pobre tambien como yo me recibió en su casa y partió conmigo el modesto pedazo de pan empapado en el santo sudor de su rostro con que le ganaba!... ¡Cómo es posible que yo no eleve en mi corazon un santuario á tan noble accion!... Si, hermana mia, permítame que la llame así; el vínculo purísimo del cariño fraternal nos une y en su nombre quiero confiarla todas mis penas, todas las angustias de mi corazon.

Jimena no podia hablar porque la emocion ahogaba su voz; pero sentia supremas angustias.

Solo faltaba á la infeliz que se moria de amor, ser la confidente de los amores de su amado con otra y oirle referir sus amorosos delirios.

—Nada me dice V. querida Jimena?... la veo triste, quizá mis confidencias la enojan?.. mi cariño la enfada.

—Ah! nó, hermano mio, hable V. que mi corazon le escucha y adivina todo cuanto pueda V. decirme.

—Pero estoy enferma y no debe estrañarle la taciturnidad de mi rostro, donde se reflejan los males físicos, hable V. y exija de mí lo que quiera que estoy dispuesta á complacerle.

—Pues, bien, amiga mia, no debe V. ignorar porque lo habrá oido decir á Rosa y á mi madre, el interés que me inspira mi desgraciada prima María Isabel.

Aurelio se detuvo.

—Lo sé, continúe V. dijo Jimena oprimiéndose el corazon con la mano para contener sus latidos.

—He averiguado que su padre de V. tiene la clave de este asunto y quiero verle esta noche, necesito para ello que V. le escriba citándole á las nueve de la noche en su casa.

—Si yo me marché de su lado sin decirle una palabra, si ignora mi paradero?..

—Pero citado por V. la esperará, es un engaño, ya lo sé, y un engaño á un padre, por eso la he dicho que iba á exigir á su corazon un nuevo sacrificio.

La jóven suspiró porque el sacrificio era doble, sin embargo repuso con voz tranquila.

—Si yo no tengo que ver á mi padre y se trata sola-

mente de escribirle, puede V. hacerlo en mi nombre por que no creo que conozca mi letra.

—Eso es, solo deseo su consentimiento para hacerlo, sin que V. tenga que descubrir su incógnita y pasará como una carta falsa que V. puede negar cuando la convenga.

—Bien; pero no se tratará de hacerle ningun daño?

—A él nó, por respeto á V.; pero de Octavio, al que cito al propio tiempo, no respondo; necesito saber el paradero de Isabel y ellos me lo han de decir, y si la han ofendido, ¡pobre Rosa!.. se queda sin hijo porque mi furor no tendrá límites.

El rostro de Aurelio resplandecia con el fuego de la indignacion y de la ira, y Jimena viéndole quedarse meditabundo y sombrío le contempló largo rato con aquella mirada que involuntariamente se escapa de los ojos en la que se reflejan todas las impresiones del alma.

Era de tal naturaleza su amor, que viéndole sufrir, hubiera ido en aquel momento, á estar en su mano, á buscar á María Isabel presentándosela protegida por el manto de su abnegacion y de su heróico sacrificio, retirándose despues á morir ignorada y solitaria.

De pronto Aurelio levantó la cabeza asaltado por una nueva idea y se encontró con aquella mirada de fuego, candente, embriagadora, que envolvia un mundo de pensamientos de quejas y de caricias, que era la revelacion tácita de un secreto que ignoraba.

Estremeciéndose visiblemente al sentir aquellos ojos en los suyos, comprendió al punto la tristeza y el malestar de la jóven.

Presentia, pues, una nueva série de sufrimientos interminables.

CAPITULO XLVII.

Una mirada.

Al chocar los ojos de Aurelio con aquella mirada fascinadora que penetró hasta el fondo de su alma se estremeció profundamente.

Acababa de sorprender un secreto que le hizo temblar por las consecuencias funestas que pudiera tener, acudiendo en un momento mil ideas diversas á su acalorada imaginacion.

Jimena por su parte inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y se quedó abismada en un éxtasis al parecer muy doloroso, por que se estremecia visiblemente.

La palabra espiró en los labios de Aurelio y la situacion de ambos jóvenes se hacia muy violenta, cuando sonaron dos golpecitos discretamente repetidos en la puerta de las habitaciones interiores.

Esto les salvó.

Rosa y Aurelio los oyeron y se levantaron á un tiempo.

Jimena continuó en su parasismo sin sentir ni ver nada en su alrededor.

Eran Leon y la marquesa que cumpliendo su palabra iban á pasar unos momentos con sus amigas y con su hijo.

Apenas entraron, la marquesa se fijó en Jimena, que continuaba inmóvil en su sitio sin dar señales de vida y alarmada esclamó:

—Qué tiene Jimena?

Todos corrieron hácia ella llegando á tiempo Tula y Rosa de sostenerla en sus brazos por que completamente desmayada hubiera caido al suelo sin su eficaz auxilio.

—Esto no es nada, dijo Rosa que conocia la causa de su mal, un lijero mareo.

—Le habrá sentado mal el almuerzo; repuso Leon.

—Ah!.. pobre!... si ya estaba enferma ayer!... Llevémosla á la cama; esclamó la marquesa contristada por aquel acontecimiento imprevisto.

—Sí, sí, es lo mejor; añadió Rosa tomándola en sus brazos con la mayor facilidad apesar de que Jimena tenia buena estatura; pero estaba delgada.

—Yo ayudaré á V. dijo la marquesa.

Leon y Aurelio hicieron el mismo ofrecimiento; pero la valiente cigarrera no necesitaba de nadie y manejando á la jóven como si fuera un niño la llevó á su cuarto siguiéndola Tula y quedando muy alarmados el brigadier y su hijo, pero sin atreverse á salir del salon.

Rosa puso á Jimena en su cama, la desnudó en tanto que la marquesa frotaba sus sienes con un pañuelo empapado en agua de colonia.

Apenas la enferma sintió el fuerte aroma de la esencia empezó á volver en sí, rompiendo en amarguísimo llanto cuando hubo recobrado por completo sus sentidos.

Tula se afligió profundamente creyendo que por causa suya estaba enferma, quizá por haberla obligado á representar un papel que sin duda le seria odioso.

—Ah! no se deje V. atormentar por esa idea; la dijo Rosa; no es eso, señora Marquesa.

—Pues qué tiene, Dios mio?... que tiene?...

—Una lijera enfermedad del estómago, y suele despues de comer ponerse así. Vamos, Jimena hija mia, tranquilízate ¿no ves que estás afligiendo á la señora marquesa, que tan buena es para nosotras y se atribuye la causa de tu mal?...

Al oir estas palabras que Rosa murmuró casi á su oido, Jimena se apresuró á enjugar sus lágrimas y tendiendo ambas manos á la marquesa la dijo con acento lleno de dulzura y de cariño.

—Ah! por piedad mi querida señora, no crea V. eso, este llanto y estas congojas son independientes de mi voluntad, ocasionadas por enfermedad física, de ningun modo por que yo tenga pesar alguno y mucho menos ocasionado por la causa que V. supone.

—Entonces llamaremos á un médico; pero ahora por de pronto llamaré á Aurelio, él que estudia hace años medicina podrá aplicar los primeros remedios, mientras van á buscar otro.

Y la marquesa diciendo esto se dirigia hácia la puerta; pero ambas la detuvieron.

—No hay necesidad, no señora; dijo Rosa interponiéndose á su paso.

—Ah!... no por Dios!... Si ya estoy bien, esclamó Jimena deteniéndola por el vestido.

El desórden de sus facciones revelaba un dolor inmenso, que se aumentó ante el temor de que Aurelio se presentase ante su vista.

Comprendió que su secreto era conocido por él, y esta fué la causa de su desmayo, aterrándose al pensar lo que de ella juzgaria el hombre que mas amaba en el mundo y á cuya vista hubiera querido aparecer como una criatura inmaculada.

Este sentimiento divino tenia que permanecer ignorado en su alma, conservándole como un tesoro bendito, por que á él debia la elevacion de sus ideas y el repentino cambio de sus aspiraciones, que la sacaban de la esfera vulgar á otra mas superior, donde cultivando sus magníficas facultades, podia ser, una muger distinguida. Entonces cuando su génio priviligiado la alzase sobre las demas criaturas y el mundo la colocase sobre un pedestal de gloria podria demostrar aquel amor que era su vida sin avergonzarse, con la frente erguida y serena. Empero mientras fuese una cigarrera humilde, hija de un hombre de tan mala conducta como el Curro que la obligaba á representar papeles despreciables, tenia que esconder el sentimiento sublime que la daba fuerzas para salir del cieno, el que era la fuente de todas sus inspiraciones generosas y sublimes.

Estos eran los pensamientos de Jimena. Estaba convencida de que enamorado Aurelio de su prima, no podria amarla y se resignaba, sin que por eso amenguase su amor, pero no queria verle, por que poco diestra en estas lides temia descubrirse en su presencia como ya casi lo habia hecho aquella mañana.

Todas estas reflexiones cruzaron por su mente y rogó á la marquesa y á Rosa que la dejasen sola y fuesen á tranquilizar á los caballeros sobre su estado que no tenia ya nada de alarmante, por que se encontraba perfectamente.

—Ah! querida Jimena no quisiera dejar á V. sola, contestó la marquesa.

—Pero si estoy bien; yo la ruego que vuelva al salon donde tienen Vdes. que tratar asuntos de importancia y no se cuiden de mí. Y V. querida Rosa acompañe á la señora marquesa.

—Pero está V. débil y seria preciso que tomase siquiera una taza de té; si es causa el almuerzo de su indisposicion, con eso se calmará.

—Yo haré que me la sirva la doncella. Vdes. atiendan á sus asuntos, esclamó Jimena suplicando con el gesto y con la voz que la dejasen sola.

Vencidas por sus ruegos consintieron al fin, y se dirigieron al salon despues de haber mandado Rosa á la doncella de Gimena que la llevase una taza de té.

Así que la pobre jóven se vió sola dejó correr su comprimido llanto, único desahogo de su alma, entregándose á la espansion angustiosa de su vivo dolor.

¡Cuán cierto es que no somos dueños de nuestras impresiones!...

Los sentimientos que arraigan en nuestro corazon á veces con entera independencia de la voluntad, si son verdaderos, no es fácil reprimirlos, porque dominan nuestra fragil naturaleza, y son superiores á nosotros mismos.

Esta clase de afectos profundos y verdaderos son mas frecuentes en las personas que tienen un corazon sensible

y un carácter recto y elevado. Cualidades muy raras en el mundo, sobre todo en la mujer, que ligera y superficial se acostumbra desde su niñez á todo lo insustancial y frívolo sin fijarse en lo sério de las pasiones humanas.

No importan las gerarquías; en todas las clases sociales, hasta en las mas humildes hay personas que saben sentir, y quizá en estos se desarrolla el sentimiento mas que en las elevadas.

Rosa y Jimena son de ello elocuentísimos ejemplos; sin que pretendamos escluir á Tula.

Las tres tenian gran corazon y un carácter elevado y recto.

CAPITULO XLVIII.

Secretos de familia.

Leon y Aurelio tenian viva ansiedad por conocer el estado de Jimena y ambos se apresuraron á preguntar por ella, cuando vieron entrar á Tula seguida de Rosa.

—Está mejor; queda al parecer tranquila; dijo la marquesa.

—Ha sido un lijero desvanecimiento; ella viene hace dias padeciendo del estómago; pero ya está bien, añadió Rosa aceptando la silla que la ofrecia el brigadier.

El padre y el hijo estaban sentados cerca del velador y la marquesa se colocó junto á ellos y Rosa muy próxima.

—He reflexionado sobre la sospecha de V. acerca de la complicidad que puede tener el Curro en la desaparicion de María Isabel; dijo Rosa á Aurelio.

—Y qué le parece á V? preguntó éste.

—Que pudieran ser fundadas; pero esto yo lo averiguaré. Esta noche tomaré mi antiguo traje de cigarrera y me iré á ver al Curro, repuso Rosa con resolucion.

—Y conseguirá V. descubrir el paradero de la pobre niña?... esclamó la marquesa.

—Si el Curro lo sabe, sí señora; tengo seguridad completa de que la niña vuelve á mi poder.

—Ah! qué dicha!... si fuera cierto!...

—Lo será; yo estoy en la obligacion de devolver á usted la niña que la robé, y crea, señora marquesa, que sufro muchísimo, por no haberlo ya conseguido.

—Tambien yo pienso ver esta noche al Curro, dijo Aurelio, y de eso estaba hablando á mi padre cuando ustedes han entrado.

—Juzgo mas eficaz verle yo, si Vdes. me lo permiten, esclamó Rosa mirando alternativamente á unos y á otros.

—Tambien lo creo así, añadió la marquesa; no te parece Leon?...

—Los dos medios pueden ser buenos; porque Aurelio está decidido á ir y serán inútiles nuestros esfuerzos para impedírselo.

—Sí, madre mia; es preciso que por mis propios ojos me entere, y siguiendo el hilo del asunto vea donde está la trama para deshacerla de un golpe.

Podríamos hacer una cosa, añadió volviéndose hácia Rosa; yo pienso ir á las nueve, llevaré un carruaje para traerme á Isabel si la tiene en su casa y nos la entrega en el acto; vaya V. á las ocho, háblele, y nos tiene ya facilitado el camino.

—Aceptado; no faltaré: dijo Rosa; en este caso nada tengo que añadir, allí me encontrará V.: ahora, permítanme que me informe como sigue Jimena.

Rosa salió dejando solos á sus tres amigos.

Aurelio dijo á su madre.

—Tengo que comunicar á V. una noticia y espero que tambien V. me diga si ha interrogado á Octavio como me ofreció.

—No he podido verle, porque tiene la conducta mas desarreglada del mundo; no ha dormido en casa esta noche, ni ha venido á almorzar; tengo dada órden para que me avisen en cuanto llegue; dame tú esa nueva.

—He descubierto el paradero de D. Toribio Sanguijuela el encargado de mi infancia y de mandar la pension para mis alimentos al pobre Lopez y á su mujer, que se han portado conmigo tan bien.

—Me alegro; siempre que yo he preguntado por él me han dicho que estaba en Alemania; añadió la marquesa regocijada: ah! tengo unos deseos de verle!... el miserable!...

—Esta mañana se ha casado con Estefanía, esa cigarrera que V. conoce...

—Sí, sí, ya sé quién es; pero vaya una boda estravagante; y cómo lo has sabido?...

—Cuando me marché de aquí esta mañana fuí á casa de Estefanía y me encontré con la comitiva que bajaba para dirigirse á la Iglesia; pregunté á la portera y como estas mujeres parece que son las encargadas de divulgar los secretos de la vecindad, me dió cuántas noticias queria saber y muchas mas.

—Qué casualidad!... si todo se nos va presentando bien; parece que se abren á nuestros ojos nuevos horizontes; esclamó la marquesa.

—No siempre hemos de tener en contra á la suerte, querida mia, añadió Leon; la fortuna es veleidosa y con-

forme hasta aquí nos ha vuelto la espalda, hoy se nos presenta risueña y complaciente.

—Tiene razon papá, dijo Aurelio, la aurora de nuestra aventura aparece ya en el Oriente.

—Dios os oiga!... ay! bastantes años llevamos de inmensas amarguras, esclamó la marquesa levantando los ojos al cielo con espresion de profunda gratitud hácia la providencia que empezaba á favorecerlos.

—Pues bien, mi querida madre, ese D. Toribio, confidente íntimo del marqués, es un usurero de marca mayor; vive en la calle de la Ruda, núm. 80, principal, donde tiene una casa de préstamos. Es muy posible, casi seguro que él conserve la cartera que robaron al padre al dejarle por muerto cuando la batalla de Huesca, donde están los documentos referentes al casamiento de V. y en cuanto despache con el Curro y encuentre á María Isabel, iré á casa de ese bribon y le saco los documentos ó la lengua.

El fuego con que se espresaba Aurelio demostraba la impetuosidad de su carácter, y su vivo deseo de consolidar por sí mismo la dicha de sus padres.

El brigadier que no fué menos impetuoso en su juventud; pero que la esperiencia y las desgracias habian abatido su carácter dándole cierta gravedad de hombre de peso, dijo con su calma habitual.

—A esa visita, te acompañaré yo.

—Déjeme V. á mí solo, la gloria de la empresa, padre mio; V. pertenece á su partido, y no debe comprometerse en cuestiones personales hasta que haya triunfado la revolucion; esclamó Aurelio.

—Sí, Leon; déjanos á nosotros arreglarlo; añadió la

marquesa uniendo sus súplicas á la de su hijo; yo llamaré á D. Toribio, no hoy porque estando de boda no vendrá; pero mañana temprano le hago venir como llamado por el marqués, y, cuando esté aquí le dicen que soy yo quien desea hablarle, y le hacen subir á mi habitacion.

—Y si le ve antes el marqués?... dijo Leon.

—Rosa le entretendrá por acá á la hora que yo cite á D. Toribio; ¡no ves que tenemos nuestra providencia en estas pobres mujeres!...

—Es verdad; evidentemente, nuestra estrella cambia.

—Entonces, convenidos mamá; dijo Aurelio, cuando yo sepa el resultado de su entrevista, si no ha sido satisfactorio iré á su casa.

—Te lo comunicaré y tambien lo que resulte de Octavio, que regularmente comerá conmigo esta noche.

—Pero no le entretenga V. mucho, porque á las nueve tiene que estar en casa del Curro, repuso Aurelio.

—Por Dios, hijo mio; que no te conviene tener un lance con él, esclamó asustada la marquesa.

—No tema V. nada; es una prevencion, por si el Curro no sabe donde está Isabel y tiene que preguntárselo, le citamos allá.

—Pero tú no irás solo?...

—Llevo unos bravos chicos, uno de ellos Tomás, otro aquel zapatillero de la calle del duque de Alba, que fué el valiente soldado que salvó á padre la vida en la toma de Morella.

—Ya ves, otro agradable descubrimiento, esclamó Leon.

—Ah! y qué buen hombre es!... cuánto me alegro, y su mujer una bendita; pero como te arreglas, hijo mio, para

ir desatando todos los hilos de esta enmarañada madeja?... murmuró la marquesa mirándole con adoracion.

—La providencia, madre mia, la providencia!... esclamó el jóven levantándose.

—Ya nos dejas?... dijeron á un tiempo la marquesa y el brigadier.

—Si Vdes. me lo permiten, tengo ocupaciones precisas; volveré luego, quizá antes de anochecer.

—Adios, hijo de mi alma!... no te olvides de la angustiosa inquietud que me causa tu ausencia; dijo la marquesa abrazándole.

—Hasta luego; repuso el brigadier estrechando su mano.

Cuando Rosa entró en la sala ya habia desaparecido Aurelio.

CAPITULO XLIX.

Visitas inesperadas.

Mientras Aurelio trabajaba con afan para conseguir la felicidad de sus padres y la suya propia, el Curro lleno de ansiedad por las noticias que tenia de Rosa, la buscaba por todas partes y se ocupaba al propio tiempo en facilitar la evasion de Camándulas que debia fugarse aquella noche de la cárcel.

Hondamente preocupado tanto por estas cosas como por la desaparicion de su hija, dejó á los novios en su casa, despues que hubieron tomado chocolate en el cafetucho de la plazuela de la Cebada, y se marchó á sus negocios estando ya en su casa al anochecer.

Muy cabizbajo se encontraba el torero y mucho debia pensar en su suerte, poco favorable, apesar de que apelaba sin remordimiento á toda clase de medios para aumentar su fortuna.

Despues de haber dado una vuelta por la casa, recomendando al galleguillo que le servia de criado que dispu-

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA
Comunidad de Madrid

siera la comida pronto, porque iba á salir, fué á sentarse en un sofá en aquel célebre gabinete que servia á la Golondrina para echar las cartas y se puso á fumar un delicioso habano, de los que le surtia en abundancia su amigo el marquesito.

Estaba el Curro ya bastante viejo, y se conservaba ágil y fuerte porque habia adelgazado mucho en presidio. Su cabeza encanecida por completo estaba desprovista de cabellos en la parte superior, por cuya razon llevaba casi siempre una lijera gorrilla y no se la solia quitar con mucha facilidad porque al momento se constipaba.

Mientras contemplaba las espirales de humo que trazaban caprichosas formas en el espacio, su pensamiento divagaba entre Rosa, á la que no podia olvidar, y sus compañeros los bandidos que tenian empeño en llevar adelante un proyecto al que no podia dar su aprobacion.

Cuando mas distraido estaba entró el Yesero, con su traje de los dias de fiesta y con semblante alegre y por demas risueño.

Tuvo que hacer ruido para que el Curro le sintiera.

—Hola!... eres tú?... esclamó volviendo lijeramente la cabeza; pero sin abandonar la cómoda postura que habia tomado en el sofá.

—Sí; vengo por tí para comer; sabes que hoy estamos de boda y nos has abandonado; dijo el Yesero tomando una silla y sentándose junto á su amigo.

—Tengo muchas ocupaciones, ya te lo indiqué esta mañana; además espero á Camándulas que debe fugarse esta noche de la cárcel y se vendrá aquí al momento.

—Eso qué importa, la casa tiene á su disposicion; yo

no puedo prescindir de llevarte, porque le has sido muy simpático á mi yerno y sobre todo á la sobrina, habiéndome encargado todos que no me vaya sin llevarte, con que sacude la pereza y vámonos, porque don Toribio es hombre muy metódico y á las siete en punto quiere la comida en la mesa.

—Siento mucho que te hayas molestado...

—No admito escusas; abajo tengo un coche, no está léjos de aquí la calle de la Ruda, y son cerca de las siete: con qué llegamos á tiempo.

En esto entró el galleguito con una carta en la mano.

—Estu han traidu, señor; dijo presentando timidamente un aristocrático y perfumado billete, que ostentaba en el sobre una corona de marqués.

Sentándose en el sofá, dejó el Curro su habano y abrió la carta que contenia solamente dos líneas.

«Amado Juan: estaré sin falta en tu casa esta noche á las nueve.

Tuyo,—Octavio.»

—Amigo, como te tratas con tan altos personajes, te das mucha importancia y rehusas comer con los pobres; esclamó el Yesero mirando de reojo la elegante misiva.

—Hombre no lo rehuso, ni está en mi ánimo hacer un desaire á quien me obsequia; pero lee, entérate por tí mismo, á las nueve viene el marquesito, lo que me sorprende no poco; pues jamás le he visto de noche en casa; sin duda tiene alguna cosa urgente y no puedo menos de esperarle.

El Yesero devolvió la carta al Curro despues de haberla leido y le dijo:

—Hasta las nueve faltan dos horas; si nos vamos ense-

guida tienes tiempo sobrado de comer y estar aquí á la hora de la cita.

—Vamos, pues, ya que te empeñas; y se levantó, cerrando la carta y guardándosela en el bolsillo.

—Y á propósito de ese marquesito, los muchachos están empeñados en dar un asalto á su casa.

—Lo cual es un compromiso para mí y me opondré con todas mis fuerzas; dijo el Curro.

—Harás mal, porque perderás tu influencia en la partida y la ganará Camándulas que ha iniciado esta cuestion, y él se promete llevarla á cabo. Parece que han conseguido colocar de criado en la casa á uno de los chicos que les abrirá la puerta.

—Con qué es cosa decidida?...

—Completamente; con que no te opongas, tú dejas la direccion á Camándulas, yo le acompañaré, y ya veremos como salimos.

El Curro bajó la cabeza muy pensativo y no contestó.

Ya estaban en la puerta de la sala cuando el criado le entregó otra carta escrita en papel sencillo, y con una letra fea como de mujer, poco diestra en el manejo de la pluma.

El Curro la tomó y la fué leyendo por la escalera:

—¡Calla!... esclamó con júbilo; ¡por dónde se nos aparece Jimena!...

—Es de tu hija?... preguntó el Yesero.

—Sí; me dice que esta noche á las nueve vendrá á darme cuenta de la comision importante que la tiene hace tiempo alejada de mí. Dos visitas inesperadas.

Espera un momento, voy á dar órden á mi criado por-

que á la misma hora vendrá el marquesito y no quiero que se encuentren. Y acaso Camándulas tambien.

El Curro volvió á subir y encargó á su criado que si iba una señora á buscarle la hiciese pasar al gabinete, y á un caballero que iria tambien, á la sala; y si iba algun otro que lo hiciera entrar en otra habitacion para que no se viesen unos á otros, y le esperasen, porque á las nueve en punto estaria en casa.

Poco despues montó en el coche donde ya le esperaba el Yesero haciendo comentarios sobre la carta de Jimena, que el Curro habia dejado entre sus manos.

—Ya veo que tenias razon al decir que ignorabas el paradero de Jimena; esclamó el Yesero devolviéndole la carta.

—Tú siempre juzgas con lijereza y has desconfiado de mí, cuando soy un leal compañero y un buen amigo. Jimena ha debido estar ocupada en buscar al hijo de la Marquesa, y arreglado ya el negocio vendrá á darnos cuenta.

—Es una gran mujer!... ¡qué talento el suyo!... ¡qué disposicion!... solo sé de una mujer que se le parezca; Rosa, dijo el Yesero.

El Curro sin contestar, exhaló un profundo suspiro y bajó la cabeza.

El recuerdo de Rosa, aquella mujer á la que habia adorado como á un Dios, le tenia loco, fuera de sí, y le martirizaba que le hablasen de ella.

El coche se detuvo en la casucha que habitaba don Toribio Sanguijuela; el prestamista usurero, los esperaba ya refunfuñando con la servilleta puesta al cuello como si fuera un niño.

CAPITULO L.

La comida de boda.

La casa de don Toribio era destartalada y súcia; pero como todas las casas antiguas de Madrid, tenia grandes habitaciones.

El usurero habia reservado para sí el piso principal y el bajo, en éste tenia establecido su comercio, colocados los objetos en grandes armarios que corrian todo al rededor de las paredes.

Por medio de una escalera de caracol se comunicaban con el piso de arriba, y otra escalera interior perfectamente disimulada en la pared daba ingreso á los sótanos donde el usurero debia guardar sus tesoros, porque la puerta estaba asegurada con chapas de hierro y fuertes cerraduras inglesas.

Inmediata á esta puerta tenia su cama y en la habitacion próxima, el despacho donde efectuaba los préstamos y empeños de ropas y alhajas.

El piso principal le ocupaba la familia.

En el comedor que era una pieza grande con dos balcones al patio, estaba puesta la mesa para los convidados.

Entre rasgos de lujo, porque la mesa estaba adornada con vagilla de plata, se veian inequívocas señales de ruindad y de miseria.

Los muebles eran muy malos, rotas algunas sillas y atadas con cordeles para que siguieran haciendo servicio.

Los quinqués que alumbraban la mesa eran antiquísimos, producto de empeños como la vagilla, y cubiertos con pantallas de papel de estraza.

Escasos eran los convidados, porque D. Toribio no queria mucha gente, limitándose estos á la familia de Estefanía, un vejete que servia de administrador á D. Toribio y que habia sido el padrino, Elisa la madrina, y el Curro.

A los chicos les pusieron aparte en una mesa pequeña y cuando entraron el Curro y el Yesero estaban ya sentados chillando y esperando con la mayor impaciencia.

Don Toribio los miraba de reojo, mientras con la servilleta colgada del ojal de la levita daba paseos al rededor del comedor.

Dos veces los habia ya reñido porque alborotaban, y por último, viendo que hacian un ruido infernal, mandó que les quitaran las cucharas de plata y se las dieran de madera.

Elisa que conocia el génio de su tio, temblaba como una azogada creyendo que al fin estallarian en algun acceso de cólera.

—Por Dios: querida mia; házlos callar, porque el tio tiene muy mal carácter y va á enfadarse; dijo en voz baja á Estefanía.

Esta se levantó y les impuso silencio; pero promovieron mayor alboroto resistiéndose al cambio de las cucharas.

Los dientes de don Toribio rechinaban y se crispaban sus puños; pero tuvo calma, se habia propuesto modificar su génio siquiera el dia de su boda y hacia grandes esfuerzos por conseguirlo, sufriendo con resignacion toda clase de molestias.

No le incomodaba poco la tardanza del Curro y el Yesero: sin embargo los recibió con la sonrisa en los labios y se sentaron á la mesa.

La comida no fué espléndida ni mucho menos; porque él mismo habia presidido las operaciones culinarias, señalando las cantidades que debian ponerse.

No tenian mas criados que la gallega y como ésta tenia pocas habilidades, tuvo que ir á la cocina la madre de Estefanía, á pesar de su delicada salud y ausiliada por Elisa, consiguieron presentar algunos platos regulares, si bien tan poco abundantes, que apenas podian saborearlos los convidados.

Los niños lo pagaban, porque cuando iban á su mesa ya no llevaban nada y se los disputaban uno á otro causando tan espantosa algarabía que al fin don Toribio montó en cólera y los hizo llevar á la cocina para que comiesen con la criada.

Los vinos que se sirvieron eran malísimos y los postres de las peores frutas del Rastro, compradas por don Toribio de las mas baratas.

Pero se neutralizó el mal efecto que hicieron con algunos platos de dulce confeccionados con mucha economía

por la madre de la novia que era una gran cocinera.

Don Toribio, como no le habian pedido el dinero para ellos ni se pusieron en lista, los encontró muy deliciosos y se sirvió á su placer.

De cuando en cuando su mirada de víbora se fijaba en la hermosa jóven que tenia á su lado y sonreia gozoso, obligándola á que repitiera de los platos que á él le gustaban mas, y que precisamente eran los que menos agradaban á Estefanía.

La pobre jóven cuando se vió ya unida á aquella espátula, en cuanto penetró un poco en los secretos de tanta miseria y ruindad como allí se albergaba, empezó á temblar. Conoció su enorme sacrificio y se puso triste.

Apenas comió y sus ojos cargados de lágrimas no podian permanecer abiertos.

El deseo de favorecer á sus padres y el despecho por otra parte, la hicieron aceptar este matrimonio que iba á ser para la infeliz una cruz demasiado pesada.

Decimos el despecho y vamos á esplicarnos.

Estefanía tuvo amores con Frasquito el hijo de la señora Andrea; pero ésta que se consideraba muy rica y podia asegurar á su hijo un porvenir brillante, se opuso constantemente y la hizo mil desprecios insultándola donde quiera que la veia.

Ofendido su amor propio se quejó á él; pero éste que profesaba á su madre un ciego respeto, no pudo, á pesar de sus esfuerzos, defenderla de los injustos ataques de la prendera, y aun cuando siguió amándola con frenesí, fué débil hasta el punto de evitar los encuentros con la jóven por no disgustar á su madre.

Entonces Estefanía rompió las relaciones y en ocho dias arregló su boda con don Toribio.

¿Podria ella olvidar al bizarro ebanista que era todo un buen mozo, muy guapo, muy elegante, muy cariñoso, y que la adoraba con estremo?...

¡Ah! estos amores, hijos de una profunda simpatía no pueden olvidarse, y la pobre jóven empezaba á sufrir las amarguras del paso impremeditado y lijero que habia dado sin pararse á reflexionar las consecuencias.

Terminada la comida de boda, don Toribio, como un gran regalo, sacó en una bandeja unas pésimas tagarninas de á dos cuartos; á él le parecia esto un gran estraordinario porque solo fumaba papel, y si se permitia un esceso tomaba cigarros de á cuarto.

Cuando llegó la bandeja al Curro, la rechazó con desden y sacando su petaca de plata llena de riquísimos habanos, dió á los tres hombres que habia en la mesa.

—Estos son mejores!... Oh! magníficos!... esclamó don Toribio: Amigo, como á Vds. los toreros los obsequian los aristócratas, están en grande!... quién fuera torero!... mi profesion es mala!

—Pues yo la cambiaria con gusto por la de V. que hacina sendos pelucones sin esponerse á un revolcon, dijo el Curro.

—Todo tiene sus contras, amigo; todo en este mundo.

La conversacion se generalizó y antes de las nueve se despidió el Curro dirigiéndose á su casa.

CAPITULO LI.

Octavio y el Curro.

A las ocho en punto estaba Rosa en casa del Curro. Habia dejado el disfraz de mejicana volviendo á adoptar, el de cigarrera, costándole no poco trabajo dar á su tez y á sus cabellos el color natural.

Así que llamó abrió el galleguito y creyendo que seria la señora que esperaba su amo la hizo pasar al gabinete, diciéndola que su señor no iria hasta las nueve.

Rosa decidida á esperarle se instaló en el sofá, despues de haber pasado revista á la habitacion con una mirada indagadora.

A su izquierda vió una alcoba que debia ser el dormitorio del Curro, segun el desórden que en ella se observaba; porque las ropas estaban unas en la percha y otras en las sillas y sobre la cama.

Comprendiendo que el Curro en su vida aventurera tendria muchas visitas, dejó la puerta de la alcoba abierta por asegurarse un escondite, si alguna persona entraba en el gabinete, porque no la convenia ser vista de nadie.

Pasó una hora completamente sola y ya empezaba á impacientarse.

En aquella calle solitaria y retirada no se oia á las nueve de la noche el menor ruido.

De pronto resonó léjos el rumor de un carruage que fué aumentando y á los pocos minutos se paró en la esquina de la calle.

—Quizá sea él!... pero por qué no ha de venir hasta la misma puerta?... se preguntó Rosa.

Se levantó con impaciencia y dió algunos paseos por el gabinete.

Se asomó á la puerta de la sala y vió que habian colocado una luz sobre la mesa, y otra en el gabinete de allá, como si se esperase gente.

Empero pasaron algunos minutos y nadie llegó; el carruage debia continuar parado en la esquina; otro coche que llegaba á la carrera se detuvo á la puerta de la casa.

De pronto sonó un campanillazo en la puerta de la escalera. El gallego se habia dormido porque tardó en abrir y fué preciso que le repitiesen con mas fuerza.

Rosa sintió á poco la voz del Curro que le reñia ásperamente y luego pasos y voces de dos personas que hablaban en la sala.

Se dirigieron al gabinete y entonces ella se escondió en la alcoba, dispuesta á escuchar todo lo que hablasen.

—Me alegro, amigo mio, haber encontrado á V. en la escalera, yo venia ya corriendo por no faltar á la cita; esclamó el Curro.

—Y que me has hecho perder una recepcion que tenia esta noche; pero acabaremos pronto, no es verdad; vamos á

ver qué me quieres?... dijo la otra persona que acompañaba al Curro y por cuya voz ágria y atiplada reconoció Rosa á su hijo Octavio.

Rosa se aterró al sorprender á Octavio en relaciones íntimas con el bandido y escuchó con viva curiosidad su conversacion.

—Estoy á las órdenes de V. señor marqués; por mi parte nada tengo que comunicarle; repuso el torero.

—Cómo que nó?... ¿pues para qué me llamas?...

—Usted es el que me cita para las nueve de esta noche y aquí estoy á su disposicion.

—Yo he contestado á tu carta; ¿no me has escrito esta tarde?

—Nó, señor, ni siquiera se me ha ocurrido semejante cosa; dijo el Curro encogiéndose de hombros.

—Pues, mírala aquí, y te aseguro que encuentro la broma bien pesada.

Octavio sacó una carta que el Curro leyó aproximándose á la luz.

—No es mia; esclamó quedándose algunos instantes pensativo, y yo veré quién así se atreve á tomar mi firma.

El Curro creyó que los bandidos pensarian aquella noche consumar el robo proyectado en casa del marqués y sabiendo que su hijo era amigo suyo, se le enviaban para librarle de las consecuencias que pudiera tener, si se veian obligados á hacer uso de las armas.

En esta idea se propuso entretenerle.

—Pues señor marqués, ya que me han proporcionado el gusto de ver á V. déjeme disfrutar de esta honra y siéntese; sin duda algun amigo ha querido darnos esta broma.

—Ah! no me hace maldita la gracia, y precisamente hoy que tengo un humor de todos los diablos. Querrás creer que se me acusa del robo de Dalmacia y han ido á dar parte á mi mamá?

—Lo sabe la marquesa?... esclamó el torero.

—Me ha dado hoy una fuerte reprimenda; primero quiso con mucha habilidad sondearme, y te confieso que es muy diestra y casi me sorprendió.

—De manera que ha venido V. á confesar?...

—Casi, casi; cuando me apercibí de la ventaja que llevaba en su descubrimiento me repuse, pero entonces apeló á la energía y me hizo saber que la familia de Dalmacia se habia ido á quejar, y que los tribunales entenderian en el asunto, sino parece mañana mismo.

—Pero qué familia tiene esa niña que se interese por ella?... dijo el Curro. Segun he sabido hace poco pasaba por hija de una cigarrera llamada Rosa; pero no lo es; yo conozco mucho á la fingida madre, porque precisamente es la mujer de quien me ha oido V. hablar muchas veces.

—La capitana de tus bandidos?...

—Sí, señor; ha estado muchos años en presidio, ha salido no sabemos cómo y se ha hecho cigarrera; yo la busco hoy con vivo afan y daria cualquier cosa por encontrarla.

—Ya parecerá; si ella no ha dado conocimiento de éste rapto á mi madre escusándome de él, habrá sido ese novio maldito que la tiene loca, porque no podemos con ella, es una chiquilla tan débil de cuerpo como firme de carácter, con una energía moral estraordinaria.

—Y está ya mejor?...

—Sí; convalesciente; porque ha pasado una enfermedad terrible, y ahora se niega á verme, y rechaza con el mayor desprecio á la Golondrina, que durante la enfermedad no la ha dejado un momento.

—Y V. sabe quién es el novio?...

—Un jóven que se llama Aurelio Lopez y vive en la misma casa de Dalmacia; segun mis informes es estudiante de medicina que ha venido de Sevilla hace poco.

—No diga V. mas; ese jóven debe tener alguna relacion con su madre de V. la señora marquesa.

—Creo que tienes razon; porque yo tuve con él pendiente un desafío y mi madre lo impidió y ahora me amenaza con la autoridad y con decírselo á mi padre, si no la digo donde tengo escondida á Dalmacia.

—Ah! ya lo creo; debe tener por ese jóven un gran interés, y esto me hace recordar una cosa que habia olvidado; dispénseme V. un momento, señor marqués, que voy á hacer una pregunta á mi criado.

El Curro pasó por la alcoba sin ver á Rosa que se escondió detrás de la cama y fué al comedor donde dormia el galleguito como un bienaventurado: le costó gran trabajo despertarle y al fin le preguntó:

—No ha venido la señora que te dije?...

—Sí, señor; estaba en el gabinete, y á poco de entrar Vds. han entrado otros caballeros, que esperan en la sala.

—Ah! torpe y ahora me lo dices?... murmuró el Curro furioso pensando que podrian haber escuchado la conversacion que acababa de tener con Octavio.

Cuando entró en el gabinete se encontró á Aurelio en frente del jorobado mirándole con el mas soberano desprecio.

CAPITULO LII.

Dolor de madre.

Apenas el Curro desapareció del gabinete se levantó el jorobado para dar algunos paseos por la habitacion, cuando la puerta de la sala que estaba entreabierta se abrió del todo apareciendo en el dintel la figura arrogante y magestuosa de Aurelio.

No dijo nada; pero su aspecto era imponente, sus ojos rasgados y brillantes arrojaban chispas.

Midió con una mirada al jorobado que se puso á temblar ante aquella aparicion inesperada, y volvió los ojos hácia la alcoba como esperando su salvacion del Curro, que se presentó en aquel momento sorprendiéndose ante la actitud de los dos jóvenes.

—Caballero; dijo el Curro adelantándose, quién es usted? y cómo se atreve á penetrar en mi casa sin mi permiso?

—Vengo á buscar á V. para hablarle de un asunto que

le concierne; llamo, me abren y me hacen entrar en esa sala donde he oido la conversacion que acaba V. de tener con este caballero; yo no tengo la culpa de que Vdes. hablen en voz alta, ni de que hayan dejado la puerta entreabierta para que sus palabras llegasen hasta mí como llevadas por la providencia, porque acaban de descubrirme á dos malvados.

—Caballero!... murmuró el jorobado rechinando los dientes de rabia, y echándose mano al bolsillo interior de la levita como buscando una arma con que defenderse.

Antes de que la hubiera sacado Aurelio se echó sobre él, le arrancó la pistola de la mano y dándole un violento empujon, le hizo caer en el sofá rugiendo como un toro.

El Curro se adelantó pretendiendo apoderarse de Aurelio; pero amartillando éste la pistola, esclamó:

—Si da V. un solo paso muere. Tenga V. la bondad de sentarse allí enfrente, léjos de nosotros, asista si gusta á la conversacion que vamos á tener; pero permanezca indiferente, sin moverse ni tomar parte, porque de lo contrario, sale V. de aquí para un presidio por cómplice de este bribon y por otros crímenes que ha cometido acompañado de su célebre compañera Rosa Torrente y de los bandidos que aun continuan á sus órdenes.

El Curro aterrado mas que por las palabras por la actitud valiente y amenazadora del gallardo jóven, fué á sentarse sin replicar en el último rincon del gabinete.

—Pero Juan, murmuró desesperado Octavio; y hemos de intimidarnos dos hombres ante uno?...

—Señor marqués, este caballero tiene su escolta que le guarda las espaldas y nosotros estamos solos; repuso el to-

rero cruzándose de brazos y esperando impasible el fin de la escena.

—Siéntese V. y escuche; dijo Aurelio á Octavio que se habia levantado.

Pero el jorobado que era soberbio y altanero no quiso obedecer, y viéndose desarmado se cruzó tambien de brazos imitando al Curro y dijo con mal comprimida rabia:

—Vamos á ver las órdenes que tiene que darnos este valiente que viene á cojernos de sorpresa y busca á las damas para que eviten sus desafíos.

Aurelio devoró el insulto para devolverle despues mas sangriento y repuso con calma:

—Antes de contestar á V. como merece quiero saber el sitio donde oculta á la infeliz niña que ha robado contra su voluntad, de la casa donde estaba.

—Nadie la puso un puñal al pecho.

—Pero se la sacó engañándola villanamente, tomando para ello mi nombre, por eso vengo á saber el sitio de su prision, y vamos desde aquí á buscarla ahora mismo.

Octavio se sentó en el sofá y permaneció en silencio:

—No contesta V?... esclamó con rabia Aurelio.

—Nó, señor; no quiero contestar á esa pregunta; dijo con mucha calma.

—Y no sabe V. que hay tribunales que le obligarán á hablar y castigarán su delito?

—No podrá V. delatarme á ellos cuando en tantos dias como está Dalmacia en mi poder no ha empleado ese medio. Su madre es la única que tiene derecho á reclamarla y segun tengo entendido, es una mujer escapada de presidio que tiene sobre sí la condena de veinte años.

—Dalmacia no es hija suya.

—Pues que la reclamen sus padres si los tiene.

—Lo hago yo en su nombre, y basta; dijo Aurelio montando en cólera y dirigiéndose hácia el jorabado que esperó impasible el ataque, diciendo con irónico acento:

—Contra un hombre indefenso se atreverá V.

—Miserable!... tan miserable y tan infame como tu padre, no mueres ahora mismo á mis manos, porque necesito antes encontrar á María Isabel.

—Hola!... tiene ese nombre la hija de la capitana de bandidos?... es bonito.

—Te burlas, maldito jorobado; pues vas á probar el rigor de mis iras; y Aurelio abrió la puerta entrando seis hombres armados que se colocaron á su espalda.

—Me dices dónde se oculta María Isabel? preguntó con voz de trueno.

—Díme antes quién son sus padres....

—Te empeñas en saberlo?...

—Lo exijo; dijo el jorobado pálido como un muerto.

—Esa niña es hija de la noble marquesa del Cinca.

—De mi madre!... mentira; tú mientes como un villano; esclamó Octavio.

—Tu madre!... tu madre la marquesa?... madre de un infame, de un ladron que se reune con bandidos, del hombre que roba las jóvenes porque le desprecian?... la marquesa no es tu madre!...

—Qué no es mi madre?... murmuró con rabia.

—Nó; mil veces nó; dijo Aurelio exaltado y lleno de la mayor indignacion.

Octavio ciego de ira y en el parasismo de la cólera se

lanzó sobre Aurelio pretendiendo ahogarle; pero éste tuvo tiempo de cogerle por los brazos apretándoselos de tal manera que soltó enseguida su garganta.

—Ahora sí que mueres; nadie te salva; dijo Aurelio.

En este momento se presentó Rosa y arrodillándose á los piés de Aurelio esclamó con suplicante acento levantando hácia él sus manos.

—Piedad por Dios para él!...

—Ahí tienes á tu madre; esa es tu madre que te salva la vida, por ella te perdono; dijo Aurelio.

—Quién es esta mujer?... rugió Octavio midiéndola de alto abajo con una mirada sombría.

El Curro dejando su asiento se acercó á Rosa.

—Rosa!... querida Rosa!... eres tú!... esclamó.

—Ah! la cigarrera, la madre de Dalmacia, la presidaria, la capitana de bandidos... murmuraba Octavio sin dejar de mirarla.

—Esa, esa, es tu madre!... repitió Aurelio.

—Sí; hijo de mi alma!... yo soy tu madre; esclamó la infeliz con acento angustioso sin abandonar su humilde postura.

Qué momento tan terrible para el orgulloso aristócrata, que tenia la vanidad de su padre y estaba envanecido con los timbres y blasones de su opulenta casa.

—Mentira!... mentira!... tú no eres mi madre! aparta!.. no me toques inmunda presidiaria; yo no puedo aceptar semejante madre.

Rosa que pretendia abrazar las rodillas de su hijo dió un grito y cayó en el suelo desvanecida al escuchar tan terribles palabras.

El espíritu de la altanería y de la soberbia dominaban el corazon de su hijo.

El Curro la cogió en sus brazos, la colocó sobre el sofá, y con el mayor cariño la roció el rostro con agua y vinagre.

CAPITULO LIII.

La fiera enjaulada.

—Bárbaro!... murmuró Aurelio acudiendo tambien á prodigar sus auxilios á la infeliz.

En tanto Octavio con el mayor ánimo atravesó el gabinete, pasando á la parte opuesta como si le repugnase el espectáculo que conmovia á todos los presentes.

Permaneciendo de pié, se apoyó en una mesa y se cruzó de brazos esperando con viva impaciencia el desenlace de aquella escena.

Cuando Rosa empezó á dar señales de vida, Aurelio se volvió hácia Octavio y le dijo:

—Esta infeliz mujer, que huyendo del crímen y de los vicios á donde la precipitó tu infame padre ha pasado catorce años viviendo con el producto de sus manos y comiendo un pan amasado con el sudor de su rostro, está santificada ante los ojos de la sociedad. El santo trabajo y la virtud con que se ha sometido á él la hacen sagrada á nuestros ojos y digna de nuestra proteccion.

Octavio solo contestó con una desdeñosa sonrisa.

Rosa exhaló un profundo suspiro. Todas las fibras de su alma estaban muertas por la desventura y solo vibraba la del sentimiento maternal.

Este era su lado vulnerable.

—Sí; ese hijo tan malvado como su padre rechaza el amor de V; la dijo Aurelio, yo le reclamo para mí, seré su hijo adoptivo y no me avergonzaré de mi madre; cuente V. siempre, señora, con mi proteccion y con mi cariño.

Rosa le dirigió una mirada de inmensa gratitud y al ver la estoica frialdad de su propio hijo, se cubrió la cara con las manos y rompió á llorar exhalando amarguísimos sollozos.

—Y bien, concluyamos dijo Aurelio, dando dos pasos hácia Octavio; dónde se oculta María Isabel?

Octavio no contestó. Alzó los ojos al techo y se dibujó en los labios una sonrisa satánica.

Rosa enjugando sus lágrimas dijo al Curro con voz suplicante:

—Por piedad; si en algo os mueven á compasion mis penas, entregad esa niña á sus padres, porque yo la robé de su casa y soy la responsable.

—No hablemos mas, si en ello estás interesada, yo diré dónde se halla.

Aurelio se volvió hácia el Curro con indefinible ansiedad.

—Silencio!... esclamó el jorobado dirigiéndole una mirada furiosa.

—Nó señor, no callo; V. es capaz de hacerse matar y no lo dice, pero yo no tengo el corazon tan duro y menos viendo sufrir á la pobre Rosa, dijo el torero.

—Dílo por Dios y te deberé la vida; esclamó Rosa.

—Está en una quinta inmediata á Leganés de la propiedad del marqués de Nieblas. Allí no hay mas gente que el conserge y su muger que son cómplices y merecen una paliza, y la Golondrina que asiste á la niña.

—Vamos ahora mismo por ella; dijo Aurelio á los hombres que le habian acompañado entre los que estaba Tomás y Roque el zapatillero.

Tomás saliendo del grupo se acercó á Rosa.

—Las deudas de gratitud no se olvidan nunca, la dijo, y yo tengo muy presentes los beneficios que tanto mi madre como yo hemos recibido de V. en Moralejo, vengo, pues, á ofrecerla cuánto soy y cuánto valgo.

—Ah! tú eres Tomás!... esclamó Rosa estrechándole las manos con efusion y volviendo otra vez á llorar. ¡Qué de recuerdos traes á mi memoria; tú has presenciado mis amarguras, tú víste en la cuna á este hijo que era mi única delicia y que ha sido mi ídolo en el mundo, tú víste á su padre arrebatarle de mi amante seno y me has visto rechazada por mis padres, por su familia, sola, errante y moribunda, ser acogida por este buen amigo y respetada y querida entre sus bandidos, como si fuera su reina.

—Y lo mismo serás hoy, querida Rosa; dijo el Curro conmovido por las palabras de su antigua amiga; si estás en peligro, dí una sola palabra y cien brazos se levantarán para defenderte.

—Si alguna vez necesita V. un asilo seguro vaya á mi casa, y en ella encontrará un hermano; hé aquí una targeta con las señas.

—Gracias!... oh! gracias, buen Tomás!

—No te importen los desdenes de ese hijo ingrato; añadió el Curro, que no te faltarán cariño y apoyo y esclavos que te sirvan.

—Os lo agradezco con todo mi corazon; pero mis heridas renovadas esta noche no son fáciles de cerrarse; ya visto el desden de mi hijo, solo puedo encontrar consuelo en la muerte; era el único lazo que me ligaba al mundo.

—Señores, yo no reconozco mas madre que á la marquesa del Cinca, con qué acabemos de farsa, ya han conseguido lo que deseaban, déjenme, pues, marchar, si es que no han acordado retenerme prisionero.

—Yo no me fio, dijo Aurelio; es preciso que quede guardado por tres de estos muchachos mientras con los otros tres voy á buscar á mi prima, pero á estas horas y sin conocer el terreno, no vamos á encontrar la quinta, ni nos abrirán.

—Yo acompañaré á Vdes, esclámó el Curro; tienen carruage?...

—Sí; abajo espera el mio, donde podemos ir todos cómodamente y aun que tengamos que esperar á que amanezca para entrar, no importa.

—Diga V. mas bien, para salir, por que estará cerrada la puerta de Toledo; pero no hay que apurarse, yo tengo amigos y todo se arreglará á medida de su deseo.

La rabia... tener á V. aquí para conseguir...

...ranzas.

—Pues qué ¿el amor se impone?... Creia por la fuerza ...obligarme á amarle?... eso es ausdrus, y ...necesitaba ...talento para comprenderlo...

—Por la fuerza, nó; por la persuasion, por el cariño; ...porque el corazon de V. ...merecia ...

...todo el mundo ofrecerla un porvenir brillante; su po... ...sus riquezas, su familia toda debiera alagarla y ...

decida por una parte, me tiene indignada por otra su proceder, mas digno de un villano que de un caballero.

—Y á los ojos de V. no halla disculpa por el motivo que le ha obligado?...

—Ah! nó, nó, imposible; me tiene muy ofendida.

—Antes cuando estaba V. de peligro le teníamos á todas horas aquí, ahora desde que ha recobrado V. la razon viene tambien á informarse de su salud; pero no quiere subir á saludarla hasta que V. le otorgue su permiso.

—Mi permiso no se le concederé; pero como estoy en su casa y soy su prisionera puede pasarse sin él; yo por mi parte aseguro á V. que no le veré con gusto y agradeceré con toda mi alma que añada á los favores que le debo el no menos inapreciable de su ausencia.

—Dios mio!... yo no le puedo llevar una respuesta tan dura; esclamó la vizcaína mirando con inquietud hácia la puerta.

—Dígale V. que le perdono; que no daré á entender á nadie ni aun al médico á quien hoy tenia pensado quejarme, que me retiene aqui por fuerza; no quiero de ningun modo comprometerle, ni comprometer á Vdes. que tan buenos han sido para mí durante esta larga enfermedad; pero que me olvide y no venga por aquí, que yo me marcharé cuando mis fuerzas me lo permitan.

—Y dónde irá V. sola en el mundo?... por qué segun me ha dicho el señorito la cigarrera con quien V. ha vivido no es su madre.

—Pero yo debo tener una familia; la buscaré y si no la encuentro Dios me amparará; dijo Isabel con dolorosa resignacion.

—Vamos, que eso no es proceder con juicio; tiene usted la suerte en la mano y la deja perder: permítame V. que no lo apruebe.

—Advierto á V. querida María que se va á cansar en valde queriendo convencerme. Tiene V. un gran interés por su amo, ya lo veo; pero sus esfuerzos serán inútiles porque yo tengo un carácter particular; no retrocedo jamás en mis resoluciones y desde muy pequeña he tenido en medio de mi debilidad física una voluntad inquebrantable.

—Ya lo voy viendo y me desespera ciertamente, pero concédame V. una sola cosa; dijo María.

—Vamos á ver cuál es.

—Que consienta V. de buen grado en recibir al señorito; óigale V. y no tema que abuse de su posicion ni de la debilidad de V. cuando yo la aseguro que su cariño es puro y respetuoso como el de un niño; puede creerme.

—Yo no le temo; en medio de su carácter audaz y atrevido es un caballero y no le juzgo capaz de emplear la fuerza contra mí, y, ¡ay! de él si la emplease!...

—Qué haria V. indefensa, y en su poder?...

—Nada; mis fuerzas físicas son muy débiles aun en plena salud; pero la fuerza moral de mi alma es tan grande que no sobreviria á mi deshonra; me quitaria la vida inmediatamente; esclamó Isabel con resolucion.

—Seria V. capaz?... eso es increible!... murmuró la vizcaína aterrada.

—Pues no habia de serlo?... quién lo duda!... para qué me serviria la vida despues de haber sido la víctima de ese hombre?...

—Ah! no llegará ese caso; y yo creo que V. comprendiendo sus verdaderos intereses corresponderá á su cariño mas ó menos tarde.

—Ah! yo no puedo decir lo que haré mañana.

—Con qué vamos, señorita, consiente V. en recibirle?... suplicó la vizcaína con acento cariñoso.

—Nó, amiga mia, nó; déjeme V. por Dios recobrar un poco mis perdidas fuerzas; dígale V. que agradezco infinito su atencion y que me dispense si no le puedo recibir.

—Me da una pena llevarle esa respuesta!... esclamó la vizcaína, comprendiendo que era inútil insistir, porque aquella chiquilla tenia una voluntad de hierro.

Y muy triste y cabizbaja se puso á colocar en la bandeja todo el servicio del almuerzo.

Isabel conoció el mal efecto que hacia sobre ella su negativa y se apresuró á esclamar:

—Reflexione V. amiga mia; que el médico me ha prohibido esta mañana que tuviera visitas y que me harian daño toda clase de emociones.

—Es verdad; pero la negativa de V. es tan en absoluta, si al menos le señalase un término; dijo la vizcaína asiéndose á esta última esperanza como el que á todo trance quiere conseguir una cosa que le niegan porfiadamente.

—Eso ya lo veremos mas tarde; pero hoy no puedo concederle otra cosa; llévele V. mi perdon y una súplica nacida del fondo de mi alma; ¡qué me olvide!...

—Olvidar á V!... esclamó María; si yo que apenas la conozco no podré olvidarla nunca!... cómo lo hará él que la adora con idolatría!... pero en fin se lo diré; seguro que me está esperando abajo en la huerta. ¡Pobrecillo! se con-

tenta con mirar al balcon y lanzar unos suspiros que da pena oirlos.

Fatigada Isabel de una conversacion tan larga habia cerrado los ojos y no volvió á contestar. Octavio asomó de nuevo la cabeza haciendo á María un signo para que callase y no la molestara mas. Esta se levantó, tomó la bandeja y apartando el velador se dispuso á salir.

Fuertes golpes resonaron en aquel momento en la puerta de la sala.

Isabel abrió los ojos sobresaltada.

—Por piedad, mi buena María; que no entre aquí nadie y sobre todo esa horrible vieja, que me libre de su presencia el señorito; dígaselo V. y le deberé mas que la vida.

—Pierda V. cuidado que nadie entrará; yo guardaré la llave en el bolsillo y si le ocurre algo tira V. del cordon de la campanilla que está á su derecha.

La vizcaína salió cerrando la puerta con llave.

CAPITULO LVI.

Proyecto.

Isabel adelantaba en su convalecencia; pasaron algunos dias y ya tuvo fuerzas para dar algunos paseos por el cuarto, lo que hizo cuando estaba sola, demostrando suma debilidad en presencia de la vizcaína, á cuyos ojos la convenia ocultar su verdadero estado de salud.

La Golondrina fué despedida por complacer á Isabel que no queria verla.

Octavio insistió algunas veces en su pretension de subir á saludarla; pero siempre era rechazado cortesmente, sin quitarle la esperanza de que seria recibido así que se encontrase mejor; pero la convalecencia se prolongaba y la pobre jóven segun decia la vizcaína no podia moverse por sí sola del sillon en que la colocaba al levantarla de la cama.

Por esta razon Octavio consintió en aplazar la anhelada entrevista.

Llegó un sábado y la vizcaína no subió segun lo tenia de costumbre á la hora fijada para ayudar á vestir á la enferma y llevarla á su sillon.

Isabel se levantó muy animosa dió tres ó cuatro vueltas por el gabinete, encontrándose ágil y dispuesta á dar buenos paseos por el campo si se le presentaba ocasion.

Oyó ruido y se volvió á la cama apresurada.

—Ya dirá V. que vengo tarde; esclamó la vizcaína, abriendo la puerta del gabinete, cuya llave llevaba siempre consigo dejando encerrada á la pobre jóven que estaba allí como prisionera.

—Ni siquiera sé qué hora es!... pero V. puede venir cuando guste que bastante favor me hace y yo siento con toda mi alma molestarla tanto.

—Yo lo hago con mucho gusto; pero vamos á vestir que son las diez; como sábado he tenido que hacer limpieza en toda la casa y esto me ha entretenido.

—Si pudiera yo sola levantarme; pero siento una debilidad tan grande... yo no sé cuando voy á estar en disposicion de dar un paseo por la huerta; porque me lo permitirán Vdes. ¿no es verdad?

—Se lo diré al señorito Octavio que tendrá mucho gusto en acompañar á V. dijo la vizcaína, que no podia ni conceder ni negar este permiso.

—Ah! parece que me voy encontrando mas animosa; ¡ea! esto es un gran adelanto, déjeme V. ir cogida de su brazo hasta el sillon. Así, perfectamente, siquiera puedo ir por mi sola aun cuando sea con su apoyo.

—Dios mejora sus horas; dijo María.

—Gracias á Dios; yo creí que habia perdido la facultad

de andar; esclamó Isabel sentándose en su butaca visiblemente fatigada.

—Y eso que no ha tomado V. hoy apenas alimento; porque el chocolate es una cosa tan lijera; pero despues de almorzar tendrá V. mas fuerzas.

—Sí; luego ensayaremos un paseito por aquí, mañana otro y haber si pasado mañana puedo bajar á la huerta, creo que el aire libre me hará mucho bien.

—Corriente; queda convenido; hoy vendrá el señorito Octavio y se lo diré para que venga el lúnes; no es verdad?

—Sí, con mucho gusto; éstando ya mejor hablaremos durante el paseo, dijo Isabel con seguridad; pero no pensaba cumplir su promesa, porque bullia en su imaginacion un proyecto madurado durante muchos dias y que debian realizar en la mañana del domingo.

—¡Ay! qué alegron le voy á dar al señorito!... cada dia que viene y se marcha sin ver á V. me da pena porque se pone de un humor... y con una cara que no se le puede mirar.

—Yo siento mucho incomodarle; pero ya pronto va á terminar su angustia.

—Sí; por Dios, señorita; hace V. muy bien en verle; y sobre todo procure corresponder á su cariño y será la mas feliz de las mujeres. El señorito es muy espléndido, muy generoso y nada la faltará, de seguro.

Podrá V. vivir aquí en el campo, ó en Madrid, donde quiera, alhagada y contemplada por él que buscará mil medios para complacerla y obsequiarla.

—Tiene V. razon; esa idea me viene preocupando hace dias; mañana me resolveré y veremos el lúnes lo que re-

sulta de la entrevista; dígale V. que venga por la tarde; así á la caida del sol, cuando podamos pasear por la huerta, porque estamos ya casi á fines de junio y hace un calor insoportable.

—Descuide V. que se lo diré y lo hará como V. desea, dijo la vizcaína regocijada porque al fin iba á comunicar á su amo una dichosa nueva; ahora voy por el almuerzo, que se me ha pasado la hora y es mas tarde que otros dias, y mañana domingo tambien va V. á tener que levantarse un poquito tarde ó muy temprano, porque tengo que irme á Leganés á misa de ocho, y como está algo léjos es un fastidio, primero que llego aquí son las diez, con que tiene usted que levantarse á las siete cuando la traigo el chocolate ó cerca de las once.

—Es igual, no importa quedarme en la cama hasta que usted venga de misa; pero se irá V. con su marido?... ay! no me dejarán sola!...

—Quiá no señora; él se marcha á las seis, y viene cuando me voy á marchar yo; no tenga V. pues, cuidado ninguno; dijo la vizcaína procurando tranquilizarla.

—Ah! entonces bien; tomaré chocolate á las siete y ya está V. libre hasta las once; pero por la tarde apoyada en el brazo de V. daré algunos paseitos por la sala.

—Por supuesto, eso no se olvidará; y mañana iré á casa del médico á decirle como se encuentra V. porque me lo encargó mucho ayer cuando estuve.

—Y él no vendrá ya á verme?...

—Hasta el lúnes ó el mártes, dijo que no podria venir.

—Ya no hay necesidad de que se moleste; estoy perfectamente.

—Despues de una enfermedad tan larga, quién lo diria!... pero gracias al Todopoderoso la ha salvado á V. y al señorito Octavio, porque segun estaba, si V. se muere, creo que tambien se nos queda entre las manos.

—Con qué tanto me quiere?... murmuró con una sonrisa de satisfaccion Isabel.

—Ya lo creo; yo no he visto hombres que quieran así; ya puede V. considerarse dichosa.

Isabel estaba convencida de que en el carácter altivo y orgulloso del jorobado no era amor, si no empeño el que sentia por ella y al propio tiempo deseo de vengarse de sus desdenes y de los insultos de Aurelio.

Empero no la costaba trabajo finjirse convencida por las contínuas predicaciones de la vizcaína que á todas horas estaba entonando himnos en loor de su bendito amo y del decantado amor que la profesaba.

Los hortelanos marido y mujer tenian ofrecida por Octavio la propiedad de la huerta del tio Juan el Tullido, para cuando fuese correspondido por Isabel y este era el móvil poderoso que impulsaba á la ambiciosa vizcaína.

Dispuestos estaban á abrirle á media noche la puerta del cuarto donde tenia encerrada á la pobre niña, si no consentia en corresponderle de buen grado; pero ella mas astuta que sus guardianes los entretuvo con esperanzas y se fingió mas enferma de lo que en realidad estaba para llevar á cabo felizmente su plan de evasion.

A no acariciar esta idea, cómo hubiera soportado con resignacion el estado de prisionera en que se la tenia?... La creyeron débil y generosa porque estuvo pronta á conceder un perdon que Octavio no merecia y abusaban de su

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA Comunidad de Madrid 1818

bondad, tal vez creyendo que estaba pronta á admitir el cariño y las riquezas que la ofrecia el soberbio marquesito.

Les dejó alimentar su engaño, y empezó con viva impaciencia la mañana del domingo, durante la tarde y la noche del sábado aprovechando los momentos en que estaba sola, ensayó sus fuerzas dando todo al rededor de su habitacion frecuentes paseos que la hicieron recobrar poco á poco su vigor perdido.

CAPITULO LVII.

Evasion.

Amaneció el ansiado domingo.

La pobre prisionera vió con júbilo infinito penetrar por su balcon los primeros rayos del naciente dia.

Se lanzó de la cama ágil y animosa como si no hubiera estado enferma y fué á arrodillarse elevando sus manos al cielo en accion de gracias porque la habia devuelto la salud y muy en breve iba tambien á devolverle su libertad.

La pobre paloma cautiva en las garras del milano saludaba regocijada la aurora de su libertad.

Y con qué angelical mansedumbre soportó su cautiverio; no tuvo ni una queja contra su tirano, ni le acriminó, ni pensó en delatarle como pudo muy bien haberlo hecho confiándose al médico; pero su corazon de ángel solo tenia mansedumbre y piedad para sus ofensores.

Se preparaba á dejar su cárcel y lloraba, sintiendo el disgusto que iba á ocasionar á la pobre María que tanto la habia cuidado durante su enfermedad.

Pero no tenia otro remedio, marido y mujer estaban

vendidos á Octavio, y Octavio no era hombre que retrocediera en sus empresas; la era, pues, imposible quedar espuesta á sus ultrajes.

Firme en su resolucion se levantó mas tranquila despues de haber rezado, se vistió muy despacio, examinó sus vestidos, y aun encontró en los bolsillos el dinero que la habian producido las últimas camisas que entregó en la tienda donde la daban trabajo.

Luego colocó las cortinas de la cama, de manera que no pudiera verla la vizcaína cuando entrase con el chocolate que casi siempre lo dejaba sobre una mesita de noche que tenia en la cabecera.

La puerta del gabinete estaba muy próxima á la cama y el balcon enfrente.

Isabel, hechos todos sus preparativos, se acostó vestida cubriéndose bien con las sábanas y esperó llena de febril impaciencia á que dieran las siete.

Muy largos fueron estos minutos de espera que parecieron siglos á la infeliz cautiva; por fin sonó la llave en la cerradura.

Isabel tuvo que ponerse la mano en el corazon para acallar sus latidos.

María entró gozosa y alegre como siempre.

—Buenos dias, señorita; aquí tiene V. el chocolate; dijo poniendo la bandeja sobre la mesita de noche; qué tal se ha descansado?...

—Sí; pero he dormido poco; el viento me despertó, y tengo un sueño que no puedo abrir los ojos, contestó Isabel.

—Es verdad que hemos tenido esta noche un huracan terrible.

—Y el tio Juan?... preguntó Isabel.

—Se marchó á Leganés, en cuanto venga, me voy yo y procuraré venir á las diez para dar á V. el almuerzo; pero toma V. el chocolate?...

—Déjelo V. ahí, que se enfrie, y ya lo tomaré: despues podrá V. llevarse el servicio y voy á dormir hasta que usted vuelva; pero hágame el favor de arreglar esa cortina del balcon para que no entre sol; yo creo que el aire ha roto esta noche las cintas; ay!... pero qué sueño no puedo conmigo; murmuró Isabel bostezando.

La vizcaína se dirigió al balcon á arreglar la cortina y en el momento en que volvió la espalda Isabel, se echó abajo de la cama.

—Deje V. oscurito, la dijo; y corriendo las cortinas de la cama se deslizó rápidamente hácia la puerta que habia quedado abierta, lanzándose como una flecha por la escalera abajo mientras la vizcaína se entretenia en arreglar la cortina del balcon.

Salió á la huerta, las verjas que cerraban la posesion estaban abiertas y sin ser observada de nadie, por que el hortelano estaba en Leganés, salió al campo y se dirigió á todo correr por el camino de Madrid, hasta que llena de fatiga despues de una hora de agitada marcha, tuvo que sentarse al borde del camino medio escondida en un trigo, temerosa de que si notaban su ausencia corriesen tras ella los hortelanos.

Pero este temor era vano; la vizcaína arregló su cortina, dejó entornadas las maderas del balcon para que quedase el aposento á media luz y sin mirar siquiera á la cama que ocultaban las colgaduras, dijo:

—Hasta luego, señorita, duerma V. tranquila.

Y se marchó cerrando la llave muy ufana sin pensar que la paloma prisionera habia volado.

El proyecto acariciado por Isabel durante tantos dias se habia llevado felizmente á debido término. Estaba en libertad, contemplaba con alegría el sol, el campo, y respiraba el aire bienhechor de que habia estado privada durante tantos dias.

La satisfacia el presente haciéndola sonreir de gozo; pero y el porvenir?...

Qué iba á hacer la infeliz, sola en Madrid?...

Dónde se dirigiria que encontrase proteccion y amparo?... dónde encontraria á Aurelio?... qué le diria de su larga ausencia?...

A Rosa solo pensaba verla para pedirle noticias de su familia; pero vivir con ella, jamás, con una presidaria, con una muger que mantenia secretas relaciones con bandidos y gentes de mal vivir!.. ah! nó, imposible. Rechazaba esta idea por absurda y volvia á sus cavilaciones, sin fijarse en el punto esencial, sin acordar donde se dirigiria al llegar á Madrid.

Casi una hora pasó entre el frondoso trigo que ya empezaba á secarse, habia descansado bastante, se levantó y emprendió de nuevo su camino.

Desde Madrid á Leganés hay poca distancia y una persona que ande medianamente la recorre en dos horas; pero Isabel necesitó cuatro, de manera que á las once entraba en la córte, precisamente á la misma hora que la vizcaína entraba en su cuarto con el almuerzo, y prorumpia en gritos desgarradores al notar su ausencia.

Ya creian perdida para ellos la huerta del tio Juan el Tullido y tanto el marido como la muger lanzaron mil imprecaciones buscando á la jóven minuciosamente por toda la casa, por la huerta y por los campos circunvencinos.

Pero Isabel estaba ya en libertad.

Al encontrarse en la calle de Toledo frente á la iglesia de San Isidro se acordó de su confesor que vivia en una casa inmediata y subió á verlo, pero desgraciadamente habia ido á su pueblo con motivo del fallecimiento de un individuo de su familia.

Desconsolada y triste volvió á bajar á la calle y por casualidad se fijaron sus ojos en la muestra de una escuela de niñas que habia en un balcon. Una señora que se asomó al propio tiempo y vió á Isabel empezó á hacerla señas llamándola con el mayor cariño.

Un grito de júbilo se escapó del pecho de la jóven y se lanzó escaleras arriba, con la mas viva alegría.

La providencia velaba por ella.

Aquella señora era la maestra en cuya casa se habia educado, que la queria con delirio y donde conoció á su confesor anciano venerable que guió sus nobles instintos por el camino de la virtud.

Isabel confió su desventura á la profesora y ésta se apresuró á ofrecerla un asilo en su casa, con tanto mas gusto, cuanto que la pasanta se le habia marchado y necesitaba quién la sustituyese.

Isabel ocupó su lugar y ya pudo siquiera descansar tranquila bajo el honrado techo de una señora respetable, que la queria verdaderamente y la ofreció su generoso y eficaz apoyo.